



Churchill, Truman y Stalin, durante la conferencia de Potsdam.

A los treinta años de la guerra mundial

EL ESPIRITU BUENO Y EL ESPIRITU MALO DE 1945

MIL novecientos cuarenta y cinco agolpa ahora su recuerdo sobre la actualidad de 1975. Comenzó entonces a configurarse el mundo en el que vivimos: terminó la guerra. Todo puede conmemorarse ahora: la muerte de Hitler y la de Mussolini, el desbordamiento de la URSS sobre una parte de Europa, la implantación económica y militar de los Estados Unidos sobre otra. Una gran esperanza abierta, y una serie de nuevos juegos políticos para devorarla. Un poco más adelante, las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, el resplandor que todavía ciega al mundo; la caída del Japón, la entrada fuerte de Estados Unidos en Asia —de donde, treinta años después,

está saliendo—; más allá, el comunismo en China...

La conmemoración, en Europa, ha sido un poco escasa, un poco vergonzante. Se temía herir los sentimientos de Alemania y de

desmembramiento de su patria un día de fiesta». Por la democracia cristiana, el presidente —del partido— Kohl, ha dicho que se trata «de un día de vergüenza, de tristeza y de reflexión». El go-

Juan Aldebarán

Italia, ahora aliadas y copartícipes en los grandes mecanismos militares y económicos europeos, en la dependencia de los Estados Unidos. Las contradicciones pululan. Veamos cómo las resuelven mal en la propia Alemania Occidental. Para Willy Brandt, «los alemanes no tienen ninguna razón de hacer de la destrucción y del

bierno no podía conformarse con esas palabras. Tenía que dar la versión oficial del día conmemorativo y le correspondía hacerlo a Walter Scheel, presidente de la República. «El 8 de mayo de 1945 el régimen nacionalsocialista se hundió para siempre. Hemos sido liberados de un yugo espantoso, de la guerra, del crimen, de

la servidumbre, de la barbarie... Pero no olvidemos que esa liberación ha venido de fuera; que nosotros, los alemanes, no hemos sido capaces de liberarnos nosotros mismos de ese yugo. Ha sido preciso que la mitad del mundo fuese destruida antes de que Adolfo Hitler fuese expulsado del escenario de la historia. Pero el 8 de mayo no es solamente el final de la dictadura hitleriana, sino también del imperio alemán. El Reich alemán no era la obra de Hitler; era el Estado de los alemanes, la obra de un gran hombre de Estado alemán... ¿Tendremos que amar menos nuestra patria porque se haya apoderado de ella o porque yacese totalmente destruida?»

EL ESPIRITU BUENO Y EL ESPIRITU MALO DE 1945

Palabras agrídulces. Evocar a Bismarck para borrar a Hitler no es nada tranquilizador. ¡Nostalgia de imperio! Nostalgia del «Deutschland über alles» que precedió a Hitler pero que Hitler, simplemente, quiso que se llevase a la realidad. Para muchos alemanes, el 8 de mayo de 1945 fue una liberación. Pero no para todos, y quizá no para todos los que ocupan el poder.

Mil novecientos cuarenta y cinco fue un año histórico. Quizá en los siglos por venir lo que destaque absolutamente de él será, más que los arreglos de fronteras en Europa y la caída de unos regímenes para ser sustituidos por otros, su condición de inaugurador de la era atómica (si es que esa era permite que haya siglos por venir para juzgarla). Aquí, con nuestra perspectiva corta, de supervivientes o de hijos de ese año, con nuestros treinta años de conmemoración, tenemos cuestiones más actuales. Una de ellas es la de saber qué ha sido del espíritu de 1945. Porque hubo un espíritu de 1945: el de «un mundo mejor» y el de la inauguración de «una nueva era» (y no precisamente atómica, sino de paz y de concordia). El espíritu de 1945 consistía en creer pura y simplemente que el Mal absoluto estaba radicado en el fascismo —con sus diversos nombres— y el Bien sin fisuras ni resquicios, en una Democracia que irradiaba desde Estados Unidos, unido a la Revolución que manaba de la URSS; los dos países, unidos, juntos a la cuna de la gran revolución igualitaria —Francia— o a la patria del parlamento y las libertades individuales —Gran Bretaña— debían proporcionar a la Humanidad —con mayúscula, por favor— un milenio de paz, de final de la guerra de clases, de respeto ajeno... Todo iba a quedar plasmado en el magnífico documento de la carta fundacional de las Naciones Unidas, y en su ley de derechos del hombre.

Las guerras producen esas simplificaciones. Los fines de guerra, mucho más aún. Es al día siguiente cuando el ciudadano se despierta y encuentra que todo sigue igual, quizá peor. (Lo cual no es enteramente cierto. Algo que parece haber terminado es la larga serie de guerras intraeuropeas que assolaba el continente en los siglos pasados: la guerra de religión, de la constitución de nacionalidades. Algunas ventajas se han obtenido en estos treinta años de paz.)

Porque, en la realidad, había cosas muy diferentes, enormemente diferentes de las que sabía el hombre de la calle, y el hombre que estaba en guerra todavía. La realidad estaba en las conferencias de Yalta y Potsdam, y en sus prolongaciones menos visibles. Estaba en los tratos entre aliados. Lo que se sabía de las grandes conferencias eran las fotos sonrientes y ejemplos de uni-

dad y convivencia: lo que no se sabía es que, por una parte, Churchill y Truman conspiraban ya para ver la posibilidad de un pacto antisoviético; por otra, dudaban de la forma de tratar a Francia. Mientras, Truman veía la posibilidad de quitarle su gran imperio a la Gran Bretaña —y se lo quitó—, mientras la URSS buscaba la forma de asentarse en Europa. Se discutían nuevas fronteras, zonas de influencia, líneas de respeto. Se preparaba, ya, la guerra fría: o quizá la guerra fría no fue más que una moderación de algo que pudo haber llegado mucho más lejos de no haber sucedido lo inesperado: que la URSS produjese, también, la bomba atómica. Hubo, en realidad, dos espíritus de 1945: el de la gente, el de los combatientes y los liberados —hablando, claro está, del mundo que ganó o creyó ganar la guerra— y el de los estadistas.

momento, podría ocurrir que el número de muertos fuese superior al de movilizados: la cuenta la engrosaría la población civil, hacia la que se dirige ahora la técnica del «overkill». De esos 50 millones de muertos, 12 lo fueron en campos de concentración: algo también totalmente inédito en la historia del mundo (aunque los alemanes no fuesen sus inventores: se emplearon en la guerra de Secesión de Estados Unidos; pero los alemanes desarrollaron su técnica hasta límites inverosímiles). Estas cifras afectaban especialmente a la Unión Soviética, que dio el mayor número de muertos y destrucciones, luego a Alemania, después a Francia y menos a Gran Bretaña. Pero una nación había quedado prácticamente intacta, los Estados Unidos. Era, por lo tanto, la verdadera vencedora de la guerra. Hubiese sido la potencia hegemóni-

de equivocaciones de Hitler y de sutiles aciertos de Stalin (ni Hitler ni Stalin fueron, como se quiere creer ahora, paletos rústicos, genios megalomaniacos, seres enloquecidos, aunque algo de estos componentes estuvieran en sus personalidades: eran dos habilísimos políticos que sabían qué fuerzas nacionales podían movilizar, cómo y para qué) produjeron el cambio total. El principal error de Hitler fue el de creer que los Estados Unidos no entrarían en la guerra, y que Alemania sola podría vencer a todos sus enemigos europeos, incluida la URSS. Errores que no esperaron a demostrarse con la entrada de los Estados Unidos en guerra: ya en Stalingrado Hitler había comenzado a perder la guerra.

A pesar de esta situación, Hitler siguió creyendo que podía haber una guerra entre aliados, un enfrentamiento entre Estados Uni-



Hitler, flanqueado por Mussolini, izquierda, y el ministro italiano de Asuntos Exteriores, Ciano.

Aquellos creían que comenzaba una nueva era. Estos, repartiéndose el mundo sin contar con la voluntad de los repartidos.

Lo que acababa de suceder en el mundo era algo sin precedentes. Entre 1939 y 1945, 72 Estados estuvieron en guerra; 110 millones de hombres fueron movilizados, de los cuales murieron algo menos de la mitad, unos cincuenta millones, y otros 28 quedaron mutilados. Los gastos militares ascendieron a un billón de dólares. (Comparación con la primera guerra mundial: en aquella, un muerto por cada 7,4 movilizados; en la segunda, uno por 2,2. Es decir, una progresión en las técnicas de matar. En una guerra que sucediese en nuestro

ca del mundo entero de no haber sido por la URSS.

El problema entre la URSS y los Estados Unidos era inevitable. Venía de un cuarto de siglo antes; del mismo momento en que triunfó la revolución soviética. (En 1917, un escritor suizo comentaba: «La Humanidad tendrá que tomar partido por Wilson o por Lenin».) Hitler tenía como idea básica la de fomentar esa división entre capitalistas y comunistas: su guerra hubiese sido la guerra contra la URSS, con el apoyo, o la tolerancia, o el beneplácito, quizá en algún caso con la alianza de potencias occidentales (Churchill hubiese estado muy dispuesto a embarcarse en este género de guerra). Una serie

dos y Gran Bretaña, de una parte, y la URSS, de otra; lo creyó hasta el último día del «bunker», lo creyeron sus segundos aún después que él muriese. La resistencia más allá de lo posible tenía ese objetivo. Tampoco se puede mantener la leyenda de que Hitler hizo destruir su patria y matar a sus niños —los últimos combatientes eran los muchachos de las Juventudes Hitlerianas— por una simple razón de orgullo satánico, sino porque confiaba todavía en que los occidentales se enfrentarían con los soviéticos, y Alemania podría estar a su lado. (Probablemente, el vuelo de Hess, igualmente menos loco de lo que se cree, habría tenido ya esa finalidad.)



Los vencedores saludan a la bandera aliada en Berlín (agosto de 1945). De izquierda a derecha, los mariscales Montgomery y Zhukov y los generales Eisenhower y Koenig.

Hitler, muerto; Alemania, ocupada, los alemanes crearían siempre posible esta idea del Führer. Lo que él no pudo hacer lo conseguiría la democracia cristiana gobernante. Desde 1945, los Estados Unidos consideraron ya a Alemania Occidental como una fortaleza frente a la URSS. Y ese fue uno de los hechos mayores de 1945.

Todo, en ese mismo año, con-

vergía ya hacia la hostilidad. Fue el año en que Churchill pronunció su frase del «telón de acero» (en la Universidad de Fulton) y fue el año en que al fundarse las Naciones Unidas —25 de julio— Estados Unidos y la URSS se disputaban los votos que deberían dar a una de ellas la predominancia (ganó Estados Unidos, y durante muchos años las Naciones Unidas fueron suyas; más

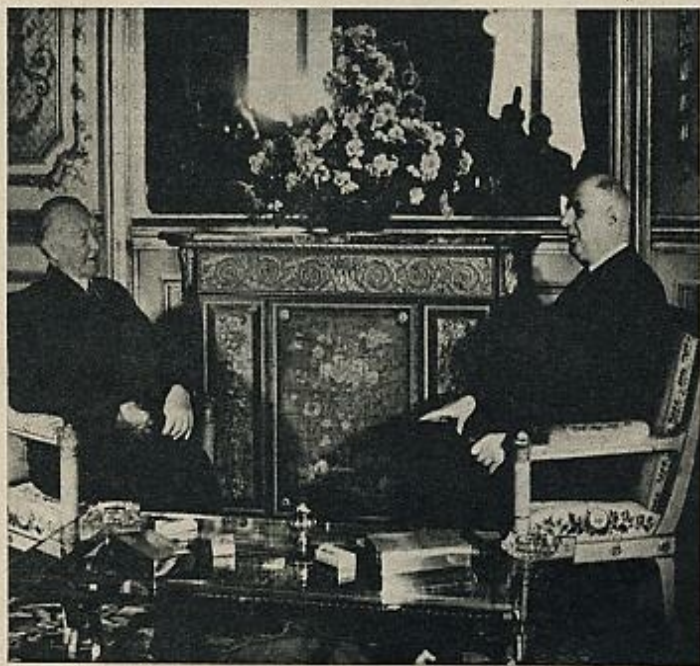
tarde, el aluvión de nuevas naciones independientes cambiarían la dosificación, no tanto en favor de la URSS como en contra de Estados Unidos).

Entre los males que trajo 1945, uno muy importante para Europa fue el de la perversión de las situaciones políticas. Por ejemplo, los Estados Unidos pusieron al frente de las grandes potencias a las democracias cristianas. Los partidos demócrata-cristianos eran, antes, una posición típica de centro, en los que aparecían algunas ramas que iban hacia la izquierda y otras más conservadoras. La elección de las democracias cristianas por los Estados Unidos como partidos de contención contra el comunismo y contra el fascismo, en la Alemania y la Italia derrotadas —más tarde, en Francia— produjo una brusca inclinación a la derecha de estos partidos clásicos: no tenían por qué combatir al fascismo que ya no existía o se ocultaba, y emplearon toda su fuerza para cerrar el paso al comunismo. Cuando en estas situaciones se quiere cerrar el paso al comunismo, siempre se cierra el paso también a otras ideologías y otros partidos de la izquierda. En las democracias, los cambios en las leyes electorales y el funcionamiento de los parlamentos y las garantías de los partidos han de ser tales —sobre todo si, como en la posguerra europea, el comunismo era muy numeroso, por adhesión a la URSS y por la esperanza de nuevas épocas— producen una alteración total de la realidad y todo gobierno se hace

artificial: ya no representa la opinión pública. Todavía Europa vive en estas contradicciones (las democracias cristianas actuales no responden totalmente a ese esquema de posguerra; muchas se parecen más a sus modelos antiguos de centro, aunque aún se las vea en Alemania mantener los puntos de vista más conservadores, o en Chile apoyar como lo hicieron —y ya se han retraído en mucho— el régimen fascista).

En realidad, las fronteras europeas actuales son las que se fijaron en 1945; muchas de ellas por razones no previsibles —facilidades o dificultades en los avances de cuerpos de ejército—, pero en gran parte calculadas y decididas de antemano por los «grandes». No solamente no se han rectificado, como podría ser el ideal de la guerra fría, sino que finalmente se han ratificado por distintos pactos con la URSS y con Alemania Occidental. La alianza de posguerra subsiste en forma de OTAN y de Pacto de Varsovia.

Más que las fronteras, son las ideas del espíritu malo de 1945 las que comienzan a desaparecer. Los dos organismos militares paralelos y enfrentados tienden a disolverse —quizá pasen muchos años, o muchos decenios, antes de que lo hagan—; la coexistencia entre Estados Unidos y la URSS continúa a la guerra fría; no hay razones para temer una guerra intereuropea, aunque haya muchos de que una guerra de otros ámbitos pudiera alcanzar a Europa en virtud de sus alianzas. La economía, en occidente, sigue siendo tributaria de la de Estados Unidos, de una forma más o menos visible (los 140.000 millones de dólares perdidos por Estados Unidos en la guerra de Vietnam son de alguna manera los causantes de la inflación europea; tal inflación más la acción de los Estados Unidos en oriente árabe son a su vez causantes de la escasez de petróleo), y sigue ejerciendo Estados Unidos su hegemonía —obsérvese, dentro de unos días, el paso de Ford por Europa—, mientras la URSS lo sigue siendo de las naciones de su zona de influencia (no sin algunos movimientos de tipo nacionalista o de «nuevas vías» del comunismo en algunas de esas repúblicas populares). El mapa ha cambiado y está cambiando en otros continentes: en Europa se mantiene como en 1945. Son las opciones políticas, económicas e incluso morales las que están variando; y parece que de alguna manera la coexistencia permite regresar al «espíritu bueno» de 1945, con muchas precauciones: al espíritu de la colaboración, del entendimiento, de una apertura democrática. Algo tan débil que un soplo frío podría quizá congelarlo. Pero que volvería a reaparecer. Parece que está, como decían los latinos, en la naturaleza de las cosas. ■ J. A.



El canceller Konrad Adenauer, con el Presidente De Gaulle.